

Georges Duby

Guillermo el Mariscal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Guillaume le Maréchal. Le meilleur chevalier du monde*

Traducción: Carmen López Alonso

Primera edición: 1985

Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Arthème Fayard, 1984

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-501-3

Depósito legal: M. 3.836-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
39	Dos
79	Tres
113	Cuatro
165	Cinco
203	Bibliografía

El conde Mariscal ya no puede más. La carga le aplasta ahora. Tres años antes, cuando se le presionaba para que asumiera la regencia, cuando, cansado, acabó por aceptar convirtiéndose en «guardián y maestro» del rey niño y de todo el reino de Inglaterra, claramente lo había dicho y repetido: «*Estoy demasiado viejo, débil y completamente desvencijado*». Más de ochenta años, decía. Exageraba un poco, no sabiendo demasiado bien su edad. Pero ¿quién la sabía en la época? En la vida, la importancia estaba en otras fechas distintas de la del nacimiento. Ésta se olvidaba. Y los muy viejos eran tan raros que se los avejentaba, que incluso ellos mismos se avejentaban. Por otra parte, no sabemos exactamente, tampoco nosotros, cuándo nació Guillermo el Mariscal. Los historiadores han calculado, deducido, y proponen hacia el año 1145. Sin precisar más. El Mariscal viene de muy abajo como para que puedan hacerlo con los datos de los archi-

vos. En tanto que, en el año del que ahora hablo, en 1219, la fortuna le ha elevado tan alto que es posible seguir, día a día o casi, sus últimos hechos, sus últimos gestos.

Había permanecido vigoroso mucho tiempo. Se le había visto el 20 de mayo de 1217 combatiendo en Lincoln como un joven, entre los jóvenes. Tres meses más tarde había vuelto a ser preciso retenerle: ¿no quería seguir a los marinos de Sandwich en el abordaje de la flota de Francia? Pero, en la Candelaria de 1219, de repente, se desplomó. Esto lo veía venir, y desde hacía algún tiempo, sin decir nada, se preparaba para su última aventura. Había vuelto a residir durante un corto tiempo en el castillo de Malborough, tal vez el lugar de su infancia. El 7 de marzo está en Westminster y desde allí, «*cabalgando con su dolor*», gana la Torre de Londres, como para acurrucarse detrás de los muros del viejo refugio real. Se acuesta. La Cuaresma acaba de empezar. ¿Se puede soñar con tiempo mejor para sufrir, aceptar su mal, sobrellevarlo en remisión de sus faltas y purificarse lentamente, reposadamente, antes del gran tránsito? La condesa está cerca de él, como siempre. Cuando la enfermedad empeora, cuando los médicos confiesan que renuncian, Guillermo hace venir a todos los que le escoltaban desde que salía de sus lugares privados. Naturalmente. Necesariamente... ¿Cuándo estuvo alguna vez solo? ¿Quién se presenta solo al principio del siglo XIII, más que los insensatos, los posesos, los marginales a los que se acorrala? El orden del mundo requiere que cada uno permanezca encerrado en un tejido de solidaridades, de amistades, en un cuerpo. Guillermo convoca a aquellos que constituyen el cuerpo del que él es la cabeza. Un grupo de hom-

bres. Sus hombres: los caballeros de su casa; y después el mayor de sus hijos. Es preciso este numeroso entorno para el gran espectáculo que va a comenzar, el de la muerte principesca. Desde el momento en que están allí para formar el cortejo, ordena que se le lleve. En su casa, dice, sufrirá más a gusto. Más vale morir en la propia casa que fuera. Que se le conduzca a Caversham, a su propia mansión. Tiene muchas, pero es ésta la que escoge porque es, del lado del país natal, la más próxima, la más accesible. No hay que cabalgar: está el Támesis, que conduce hasta ella. Así, el 16 de marzo, el conde Guillermo es «engalanado» por los suyos en una barca, su mujer en otra que sigue, y se empieza a remar, dulcemente, sin jadeos, en caravana.

* * *

Desde la llegada, su primera preocupación es liberarse de la carga que le pesa. El hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo, y abandonar en primer lugar los honores del siglo. Primer acto, primera ceremonia de renuncia. Ostentosa, como van a serlo los actos que seguirán; pero las bellas muertes en este tiempo son fiestas, se despliegan como sobre un teatro ante gran número de espectadores, ante gran número de oyentes atentos a todas las posturas, a todas las palabras, esperando del moribundo que manifieste lo que vale, que hable, que actúe según su rango, que deje un último ejemplo de virtud a los que le seguirán. Cada uno, de este modo, al dejar el mundo, tiene el deber de ayudar por última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse

en pie al cuerpo social, y sucederse las generaciones en la regularidad que complace a Dios. Y nosotros, que ya no sabemos lo que es la muerte suntuosa; nosotros, que escondemos la muerte, que la callamos, la evacuamos lo más rápidamente posible como un asunto molesto; nosotros, para quienes la buena muerte debe ser solitaria, rápida, discreta, aprovechemos que la grandeza a que el Mariscal ha llegado le coloca ante nosotros con una luz excepcionalmente viva, y sigamos paso a paso, en los detalles de su desarrollo, el ritual de la muerte a la antigua, que no era una escapada, una salida furtiva, sino una lenta aproximación, reglamentada, gobernada, un preludeo, una transferencia solemne de un estado a otro estado superior, una transición tan pública como lo eran las bodas, tan majestuosa como la entrada de los reyes en sus villas. La muerte que hemos perdido y que, muy posiblemente, nos falte.

La función con la que el Mariscal moribundo se encuentra todavía investido es de tal peso que todos los que cuentan en el Estado deben ver con sus ojos cómo la abandona, lo que hace de ella. El rey, por supuesto, el legado del papa también –ya que Roma, en este primer cuarto del siglo XIII, considera que el reino de Inglaterra está bajo su protección, su control–, el gran justicia de Inglaterra; pero también toda la alta baronía. Una muchedumbre, que se ha reunido para eso. No cabría dentro del interior de la mansión de Caversham. Acampa en la otra orilla, en Reading, en el gran monasterio real y en sus alrededores. Guillermo no puede moverse de su cama. Es preciso, por tanto, que los más importantes del reino atraviesen el río, vayan a la cabecera de su lecho. El 8 o el 9 de abril entran

en la habitación, acompañando a un muchacho de doce años, Enrique, el pequeño rey. Es a este niño al que, desde su cama, el Mariscal comienza a sermonear, excusándose de no poderle tener más tiempo bajo su custodia, desarrollando un discurso moral, este discurso que, según los ritos, deben tener los padres en su lecho de muerte para con su hijo mayor, el heredero. Guillermo amonesta al niño, le compromete a bien vivir, pidiendo a Dios –dice– que le haga desaparecer pronto si por desgracia se convirtiera en un traidor como lo fueron, ¡ay!, algunos de sus abuelos. Y toda la compañía contesta amén. El Mariscal la despacha entonces. Aún no está dispuesto. Tiene necesidad de la noche para elegir quién le ha de suceder como tutor. Quiere descartar al obispo de Winchester, ardiente, que hacía un momento se enganchaba al adolescente, que se imagina tenerle firmemente en sus manos porque, en 1216, el Mariscal le había confiado, como en subcontrato, al muchacho demasiado débil entonces como para seguir al regente en las cabalgadas incesantes, y que ahora le querría para él solo por completo. Guillermo quiere reflexionar, tomar consejo de su hijo, de su gente, de sus más íntimos. En familia, en privado, decide: hay demasiadas rivalidades ahora en el país. Si dejara a Enrique, tercero del nombre, al uno, los otros estarían despechados, y sería de nuevo la guerra. Sólo él, de entre todos los barones, tenía la autoridad que se precisaba. ¿Quién podría ocupar su sitio? Dios, simplemente. Dios y el papa. A ellos, por tanto, dejaría al rey: es decir, al legado que ocupa el lugar de éste y de aquél en Inglaterra.

* * *

Es lo que hace al día siguiente, siempre echado, pero levantándose sobre el costado, lo más alto que puede, llamando al rey cerca de él, tomándolo primero en su mano, poniéndolo después en la mano del legado, ordenando finalmente a su hijo que cruce el Támesis, y vaya a Reading, en donde se encuentra al completo la corte, para repetir su nombre ante todo el mundo –rechazando al obispo de Winchester, que se encarniza, que se agarra todavía al cuello del niño coronado–, el gesto de manos que acaba de realizarse, este signo tan simple, bien visible, este rito de desvestidura y de investidura por el cual se cumple el cambio de posesión.

Ya está aliviado. Por la tarde, habla de nuevo, dice las palabras que hay que decir. He aquí sus propias palabras, al menos aquellas cuyo recuerdo fue recogido más tarde, después de su muerte, en la casa, aquellas que se juzgaban dignas de su gloria: *«Estoy ya liberado. Pero es preciso que vaya más allá, que me ocupe de mi alma, ya que mi cuerpo está en peligro, que, escuchándome vosotros, yo acabe de liberarme de todas las cosas terrenales para no pensar más que en las celestiales»*. Tal es el camino prescrito. Hay que desembarazarse poco a poco de su cuerpo como de un despojo inútil, y de todo lo que se refiere a la carne, a la tierra. El hombre que muere debe poner todo su último esfuerzo en quitarse el lastre con el fin de elevarse más rápido y más alto. Se trata de eso precisamente: de despegar, de subir. Conviene al moribundo, en el instante del *exitus*, de la salida, presentarse desnudo, como ha salido del vientre de su madre. Para un re-nacimiento. A la nueva vida, de mejor premio. Y este nacimiento, la muerte, cuenta mucho más que el otro. Su

fecha, en cada biografía, en la época en que vivía Guillermo el Mariscal, es, de todas, la más sólidamente fijada en la memoria.

El despojo continúa. Ahora que el Mariscal ha abandonado el oficio público, se espera que abra más ampliamente su mano y abandone lo que todavía tiene: sus bienes privados, todas sus tierras. Los espectadores, los oyentes, esperan la segunda escena del primer acto: la de la distribución, la del reparto de la herencia. Que el muerto «tome posesión» del vivo, es decir, que haga la «toma de posesión» de aquellos vivientes que tienen un derecho sobre lo que él ha poseído hasta el presente, después de haberlo recibido él mismo de otro. Ningún gesto esta vez. La asistencia no sigue con los ojos a un objeto que pasa de mano en mano. Escucha. Guarda las palabras en la memoria para repetirlas más tarde, si es necesario. Guillermo, con voz fuerte, dice su voluntad. De hecho, él es muy poco libre. Cada uno sabe más o menos lo que debe corresponder a tal o a tal otro, conforme a la costumbre, esta ley no escrita, tan obligatoria como los códigos más rígidos. La regla es, por otra parte, muy simple: no hay más que un solo heredero «natural», el hombre en el que sobrevivirá el difunto, que lleva su mismo nombre, Guillermo, el Mariscal, *junior*: su hijo mayor. Por este título, porque es un chico y porque nació el primero, él tendrá derecho a todo. Porque a él le corresponde ocupar cerca de su madre el lugar que su padre va a dejar de ocupar muy pronto, protegerla contra los otros y contra sí misma, administrar sus bienes. A su esposa, en efecto, que también le escucha, Guillermo el Viejo no le deja nada. No puede hacerlo. Todo o casi

todo lo que poseía, y de lo que se desprende, pertenece a esta mujer, viene de los antepasados de esta mujer, y él lo ha tenido siempre en nombre de ella, «de su autoridad». Estos bienes inmensos, hasta que ella muera, el mayor de los hijos los tendrá a su vez en calidad de heredero legítimo.

Sin embargo, tiene cuatro hermanos y cinco hermanas. No parece que los otros chicos estén presentes. Es seguro, en cualquier caso, que el mayor, Ricardo, se encuentra entonces muy lejos, en Francia, y en el otro campo, en la corte de Felipe Augusto. El auditorio se entera de que este segundo hijo recibe una parte de la sucesión, un trozo bastante importante, el señorío de Longueville, en Normandía, por el cual antaño Guillermo, su padre, rindió homenaje al Capeto. Es un favor, pero es conveniente dárselo para contentarle, para que se quede tranquilo y no vaya –como tantos segundones a los que su padre ha dejado sin nada– a envidiar a su hermano mayor, a hostigarlo y odiarlo... Gilberto, el tercero, está colocado en la Iglesia, bien instalado, habiendo ya pagado su plaza, lucrativa: no tiene necesidad de nada y nada tiene. A Gualterio, el cuarto, se le atribuye una mansión, pero pequeña y que no proviene del patrimonio de los ancestros; un legado así no amputa el asiento territorial del poder y del prestigio que cada generación, en este tiempo, está obligada a transmitir intacto, o incluso aumentado, a la generación que le sigue; este bien acaba de comprarlo el Mariscal, y es libre para disponer de él como quiera.

Queda Anseau, el último muchacho, muy joven. Para él no queda ya tierra. Guillermo habla: *«Éste me es muy querido. Pero que viva bastante para ser caballero, que se*

eleve hasta ganar honor; encontrará entonces a alguien que lo amará y que le hará gran honor, más que a ningún otro». Entendámoslo bien: en su benjamín, en el hijo que está más cercano de su carne, si no de su corazón, ya que tal vez sea el único que no ha abandonado todavía el hogar para sus aprendizajes, el moribundo ve a aquel cuyo destino podría ser parecido al suyo, a aquel que se elevará heroicamente, como hizo él, con sus solas fuerzas, partiendo de la nada, hasta la gloria. No obstante, su viejo amigo, Juan de Early, interviene, le hace ver: «*Vos no podéis hacer eso; dadle de vuestro haber [es decir, de vuestro dinero], al menos para que pueda herrar a su caballo. De otro modo no sería jugar limpio*». Guillermo asiente: no quita tierra al heredero, pero instituye una renta anual de ciento cuarenta libras para Anseau, sobre la herencia. Una pensión que se podrá reducir si él se comporta mal. La renta es atractiva: con una suma así se podrían entonces comprar al menos tres muy buenos caballos de guerra.

¿Y las hijas? Gracias a Dios cuatro están casadas, y muy bien, con lo que hay de más elevado entre los barones de Inglaterra. Están ya atendidas, puesto que su padre les ha entregado una dote antes de sus bodas; no tienen que esperar ninguna otra cosa. Pero la última, Juana, permanece doncella, y el moribundo se inquieta: «*Mientras vivía, no le he dado nada. ¡Ay! Mi alma estaría ahora más tranquila*». Ésta es la preocupación de los padres: evitar el dejar tras de sí a huérfanas no casadas. «Desoladas», lo cual quiere decir solas. Sin un hombre que tenga cuidado de encontrar un esposo para ella, aceptando poner el precio. Pues no es costumbre, en la época, tomar

como mujer a quien nada tiene, e incluso es común en el gran mundo que los hombres se unan a mujeres más ricas que ellos. Las doncellas sin apoyo, sin haber, encuentran difícilmente un tomador; y si sus bodas tardan demasiado, estas muchachas corren gran riesgo, como sabe bien Guillermo el Mariscal, *«de caer en vergüenza»*. Sustraídas al control masculino, son raras las que no pierden la vergüenza. Puede contar, por supuesto, con su hijo mayor, cuyo deber es casar a su hermana lo más rápidamente posible. Para facilitarle la tarea, para seducir a los eventuales clientes, Guillermo hace lo que tiene poder para hacer y que los demás juzgan suficiente: instituye para Juana otra renta, menos fuerte, de treinta libras; y sobre todo coge de su tesoro, en el que puede hurgar libremente, un gran montón de dinero, doscientos marcos, para el ajuar.

Tales disposiciones testamentarias eran seguidas, al principio del siglo XIII, por toda la aristocracia de Inglaterra y de la Francia del Norte. Las dotes que excluían a las hijas de la sucesión, el derecho de primogenitura, aunque atenuado por ligeros dones a favor de los cadetes con el fin de no quebrantar la amistad fraterna: estas costumbres aseguraban la estabilidad de los patrimonios, y por consiguiente la estabilidad de las bases sobre las que se asentaba sólidamente la superioridad de la clase dominante, en una jerarquía de las condiciones terrestres que se juzgaba conforme con las intenciones divinas. La costumbre sostiene en este tiempo el orden del mundo. Es como sagrada, irrompible. Pero todavía es conveniente que el jefe de la casa, en el momento de entregar su alma, enuncie claramente por sí mismo sus voluntades, sus

elecciones. Palabras, por tanto, en primer lugar, y públicas. Serían suficientes. Se cuida, sin embargo, de confiarlas a la escritura para que todo esté bien establecido. No hay notario aquí, en la época. El acta la redactan en la casa aquellos sirvientes que saben escribir. Guillermo manda poner su sello privado, pero que también firmen con su sello su mujer y su hijo mayor, que son con él los únicos poseedores de todo el haber: lo que él ha legado, se lo ha tomado a éstos. No es suficiente, sin embargo. Ordena que se lleve el pergamino al arzobispo de Canterbury, al legado, a los obispos de Salisbury y Winchester, para que también ellos lo sellen y fulminen contra posibles violadores las excomuniones rituales. Provista de estas garantías, la pieza es encerrada en un cofre; es poco probable que haya necesidad de leerla en algún momento. Pero las palabras heladas que encierra, como en un relicario, pertenecen ahora al tesoro de la familia.

El que muere, tomando su tiempo, se halla ahora desembarazado de lo más pesado. Permanece, sin embargo, amarrado a la tierra por su cuerpo. Según las reglas, la preocupación por el cuerpo interviene en este punto del espectáculo, tercera fase del despojamiento progresivo. El Mariscal se vuelve hacia Juan de Early: *«Id a buscar dos sábanas de seda, allá, donde Esteban, en cuya casa las he depositado»*. Cuando las tiene entre sus manos, se dirige a Enrique, hijo de Gérout. Es el segundo en rango de amistad entre sus compañeros más fieles, pero Enrique, lo mismo que Juan de Early, no es ni el pariente ni el igual de Guillermo; ellos están debajo de él, él los domina, y por ello nada le impide amarlos plenamente: se

siente cómo les ama más de lo que ama a sus hijos, que se fía más de ellos, que ellos constituyen su intimidad más cerrada. «¿Un tanto deslustradas? *Que se desplieguen*». Se ve entonces el tejido bello y bueno, ofrecido a la admiración de la gente reunida, del hijo y de todos los caballeros domésticos. «*Señores, mirad. Estos paños los tengo desde hace treinta años; cuando volví de Ultramar, los traje conmigo, y para servirme de ellos como voy a hacerlo. Se extenderán sobre mi cuerpo cuando sea llevado a tierra. —Pero ¿dónde?*». En la boca del heredero, que va a ordenar los funerales, la pregunta acuciante y grave que todo el mundo se plantea a su alrededor. Pues pertenece al que muere la tarea de designar su última morada, de expresar en ese preciso momento su deseo con respecto a la carne que va a abandonar. «*Buen hijo, cuando estuve en Ultramar, di mi cuerpo al Temple para reposar allí a mi muerte*». Y después, dirigiéndose a Juan de Early: «*Vos las pondréis sobre mí cuando yo haya muerto. Cubriréis con ellas el féretro. Y si hace mal tiempo, comprad entonces un buen paño gris, no importa cuál, colocadlo por encima para que la seda no se estropee y dejadlo a los hermanos del Temple cuando sea enterrado, para que hagan con ello lo que quieran*».

* * *

En tanto que sólo se trataba de la herencia, el paso no parecía todavía dado: ¿no habían oído algunos a Guillermo, veinte años antes, dictar su testamento? Pero he aquí que él ha hablado de amortajamiento, y evocado el cortejo de las exequias. Se descubre que, esta vez, está

hecho, que se dispone a partir pronto. Se inaugura, por tanto, en este instante el duelo demostrativo. Ya están las lágrimas. La mansión se pone a llorar, tiernamente, dolorosamente. Todos los hombres, el hijo, los caballeros, los criados, hasta los más humildes servidores. De los llantos de las mujeres no se hace mucho caso. Pero la ascensión de los de los hombres marca el umbral del último acto. Guillermo el Joven sale entonces de la habitación, reúne a los que, de la caballería, no están allí. Ha llegado ya el momento de organizar las vísperas. El moribundo ha elegido ya su sepultura, el lugar en que desea que su cuerpo yazga, esperando la resurrección. Este cuerpo, por esas palabras, lo ha remitido a quienes cumplirán su voluntad. Ya no le pertenece por completo. Además ya no tiene tan firmemente a su alma. Debe, en consecuencia, ser guardado estrechamente por aquellos que ahora lo tienen a su cargo. Esta envoltura corporal deriva desde ahora hacia la muerte, y no se sabe qué movimientos van a agitarlo muy pronto, a modificar su color y su olor. Inquieta. No se debe dejar sin vigilancia, abandonar a la soledad a esta persona que se deshace trágicamente. Que haya permanentemente una guardia cerca de este cuerpo. Tres caballeros se relevarán noche y día. Acompañado por Juan de Early y por Tomás Basset, Guillermo el Hijo, el sucesor, cogerá el turno más peligroso: velará por la noche, en esas horas confusas en que ronda el demonio.

En este momento se empieza a hacer sitio también a las preparaciones religiosas. Lo que sabemos de los últimos momentos de Guillermo el Mariscal es muy precioso –para nosotros los historiadores–. La relación que analizo

revela en efecto, crudamente, la forma en que los hombres de su tiempo y de su situación social vivían el cristianismo. Permite rectificar dos testimonios falaces: en primer lugar, el de la literatura hagiográfica, que convertiría a todos los caballeros en pequeños san Alejo, en pequeños san Mauricio, impregnados de devociones dóciles; pero también el testimonio de la literatura de ficción novelesca, dirigida contra la ideología clerical y que, a la inversa, se apoya demasiado en lo profano. La verdadera piedad que se descubre es una apacible confianza en Dios, que usa moderadamente de los sacerdotes. Y es en el cuadro espiritual más acorde con el espíritu de la caballería, en la orden de los Templarios, en donde la preocupación religiosa se muestra aquí en primer lugar.

Durante la peregrinación que le hizo residir varios meses en Tierra Santa en 1185, Guillermo el Mariscal pudo ver en acción y en la plenitud de su poder a estos monjes guerreros. Observó cómo ponían su cuerpo en peligro en la lucha por Cristo, a la vez que permanecían estrictamente ceñidos a la disciplina monástica, se imponían la obediencia sin duda ni murmullo, no poseían nada propio, no tocaban a las mujeres, se prohibían la jactancia, el juego y todos los adornos inútiles. Los admiró como experto, combatiendo, alegres, más eficazmente que cualesquiera otros. Juzgó que en su persona se conjugaban los méritos de las dos categorías dominantes de la sociedad humana —el orden de los religiosos y el de los caballeros—, y que estos hombres se colocaban por ello, evidentemente, en la vanguardia de los que ganarían el paraíso. Por tanto, allí decidió integrarse en su compañía. Pero como no pretendía dejar inmediatamente el si-

glo, simplemente se «dio», como ha explicado hace un momento. El procedimiento era entonces corriente. A fines del siglo XII, muchos gentilhombres (cuyos abuelos, antaño, en sus lechos de muerte, pedían vestir para el tránsito el sayal de los benedictinos), se agregaban de este modo a la floreciente Congregación de los Templarios, ligándose ya, pero reservando el incorporarse por completo, el tomar el hábito, para más tarde, para el buen momento —es decir, en las cercanías del óbito—, para beneficiarse así, cumpliendo *in extremis* con su compromiso, de todas las gracias prometidas a los miembros plenos de la compañía. Para Guillermo, la hora ha llegado, él lo sabe: «*él no tiene valor de esperar más*».

Se avisa a Aymery de Sainte-Maure, un turonense, un amigo de los reyes Plantagenêt, el maestro de la encomienda del Temple en Londres. Sabe que el Mariscal quiere ser enterrado en la casa que él tiene a su cargo. Llega, cuando es el momento, para proceder a la recepción del que muere. Ésta debe tener lugar de forma solemne ante todos los suyos, ya que va a separarse de ellos para penetrar en otra familia. Es preciso que las mujeres de su familia estén, ellas también, presentes. Se llama a la condesa y a sus hijas. El rito sigue siendo el del tránsito. Transferencia de la caballería sin más a la «nueva» caballería, como decía san Bernardo; a la caballería renovada, la de los «hombres nuevos» que han decidido llegar a ser más perfectos. Puede que este rito, a principios del siglo XIII, parezca un poco anticuado. Las formas de devoción evolucionan entonces muy deprisa. El monaquismo está en declive, y sobre todo el monaquismo militar. Cada vez son más raros los jóvenes que escogen todavía

ser templarios, y reunirse con estos caballeros cuyo fracaso es patente en ultramar, de los cuales se murmura que no son tan puros, que no debieran ocuparse tanto de manejar el dinero, y de los que muchos imaginan que se dedican a curiosas prácticas en el secreto de sus encomiendas. Pero Guillermo es un superviviente. No es común vivir tan largo tiempo en este medio, entre estos hombres de caballo que comen como lobos, beben como esponjas, a los que los golpes sangrientos abaten cuando no son brutalmente rotos en el ejercicio de su oficio. Hasta ahora, por ejemplo, ninguno de los reyes de Francia ha superado la cincuentena. Hay que ser obispo o monje cluniacense para llegar cómodamente a esta edad. La donación que el Mariscal ha hecho de sí mismo tiene ya treinta años. ¿Tomaría hoy el mismo compromiso, él que desde hace largo tiempo ya no pertenece a la pequeña caballería, sino al gran mundo en el que uno se apresura a seguir las modas, tanto en materia de piedad como en las otras? Aparece aquí el raro testimonio de actitudes caducas. Él es consciente y lo dice: *«Escuchadme: hace mucho tiempo que me entregué al Temple; ahora voy allí»*.

Que se vaya, por tanto, a coger de su guardarropa el manto blanco de cruz roja; él lo ha hecho coser un año antes, y sólo Godofredo el Templario conoce con él su existencia. Está acostado. Se le puede vestir con la capa. Hace extender ante él este emblema de su nuevo estado. Cambiar de orden es cambiar de hábito. Es, sobre todo, cambiar de manera de vivir, contraer otras obligaciones. Guillermo es desde ahora y para siempre templario. Los templarios son monjes: les está prohibido acercarse a las mujeres. Guillermo no se aproximará, pues, a la suya. En

este instante abandona a la que desde hace veinte años no ha sido con él más que una sola carne: «*Bella amiga, abrazadme, no lo volveréis a hacer nunca*». Se inclina lo más adelante que puede de la cama, para que, en un último beso, sus bocas se unan. Los llantos redoblan. Se llevan a la condesa y a sus hijas, desfallecidas, mientras que el Maestro Aimery habla a su vez y, delante de los hombres, pronuncia las fórmulas requeridas.

* * *

No queda ya más que dejar hacer al tiempo, esperar, seguir los progresos de esta agonía que se arrastra. Se está estirando desde hace dos meses, y con ella el gran espectáculo que describo, cuyo *tempo* se aquietta excepcionalmente. El público podría cansarse; pero persevera. La habitación no se vacía. Para ver cómo muere el Mariscal, gira alrededor del hijo mayor, casi siempre sentado, paciente, fiel, representando perfectamente su papel, a la cabecera del lecho de muerte. Una afluencia semejante, una semejante asiduidad, dan testimonio del prestigio de aquel que se va lentamente. Toda la mansión se regocija, se dedica a prolongar con todas sus fuerzas esta maravillosa longevidad: ella hace la gloria de la familia. Guillermo ya no tiene hambre. Es preciso que coma, para que la naturaleza siga «*haciendo en él su trabajo*». No se cesa de instigarlo, de atiborrarlo, desmigajando pan sin que él se dé cuenta entre los champiñones que todavía acepta. Cada cual se inquieta. Equivocadamente: la vida se pega estrechamente a este gran armazón. Hay instantes en que, incluso, le animan sobresaltos de frescura. Un día el